

II.

Las leyendas.

He aquí una carta, sin fecha, encontrada por Valía:

«Tengo muchos deseos de desafiar los caprichos de la moda, y voy á vestirme á la turca. Escucha bien: una camisa de lana cubierta por otra de seda ó de MOGRHABIN, un pantalón bombacho (la naturaleza me lo prescribe, al menos por un lado), un SODEGRY y un caftán, un cinturón de cachemira, un GEBBEH, y un BENIEH, y ya me tienes vestida como un hombre. Nos olvidábamos de los piés y de la cabeza: en el pié un marhoub, y en la cabeza un turbante como el de Mad. Staël, ó un velo verde para demostrar que desciendo de Mahoma.

»Así me verás un día entrar en París, como si fuera en una mascarada. ¡Pero el Carnaval pasó ya!

»Mejor quiero volver vestida de ROXANA. Mejor todavía de FEDRA: empiezo á sentir la nos-

talga del teatro y de los árboles de Montmorency en medio de estas arenas que me ciegan.

»¡Ah! ¿por qué no estoy sentada á la sombra de los bosques? Te prometo ir á coger cerezas contigo á Montmorency.

»Entre tanto, cantaré la canción de la Sultana abandonada:

«Ruedan mis lágrimas como perlas.
¿Por qué lloras? ¡Di!
He visto pasar los pájaros negros.
Mis lágrimas ruedan como perlas.
¿Y qué te han dicho los pájaros negros?
Nada me han dicho;
Mas se han posado en el cementerio.
Ruedan mis lágrimas como perlas.»

Carta sin concluir, hallada también por Valía:

«Soy una viajera muy mala, porque he venido aquí con la idea de verlo todo, y no he visto casi nada. Apenas si he tomado un baño turco en el Cairo, por curiosidad. Me gustan más los baños de la calle Trudon. Por complacerme M. de Montaut, ha desnudado la momia de una reina de allá de la décimasegunda dinastía. Conservaba todavía su espejo y su puñal. Te daré un amuleto de su tumba. Tendría gusto en encontrarme así dentro de tres ó cuatro mil años, para ver qué figura hacía. Á

propósito, quiero que me entierren con un espejo y un puñal, pues así, aun después de muerta, quedará alguna cosa de la mujer y de la trágica. En Tebas me encuentro muy sola; pero el año que viene ya haré yo que vengan algunos parisienses. Entonces podremos arreglar algunas cabalgatas por la avenida de las Esfinges. Si viera V. algunas caras bonitas de mi familia....»

Como todos los pródigos que han gastado diez existencias en una, tenía Esther mayor deseo de vivir que nunca; porque tan sólo los que no saben vivir son los que miran la vida con indiferencia.

Mientras más se aproximaba á la muerte, más la sujetaban las alegrías de este mundo con los lazos del amor, de la amistad, del orgullo, de todo lo que el arte tiene de agradable, de todo aquello cuyo recuerdo es dulce.

Algunas ramas se habían roto del árbol de su existencia; pero ¡cuántas ramas verdes quedaban todavía y cuántos pájaros cantores, y, sobre todo, cuántas raíces!

Esther se comparaba á un árbol que viaja, diciendo: «Cualquiera que sea el país por donde paso, querría plantarme de nuevo en él, porque mis pájaros azules me han seguido á todas partes.»

Había soñado construir un *cottage* en Inglaterra, un palacio en Rusia y una posesión en Nápoles. No desconfiaba tampoco de llegar á tener un yatch en Marsella y su góndola en Venecia.

¡Quién lo creería! No hizo más que llegar á Egipto, y ya se figuró haber encontrado la tierra de promisión: poco faltó para que hiciera ir á su familia.

Escribía que había vuelto á encontrar el paraíso. Todas las figuras que pasaban ante ella le recordaban las escenas de la Biblia. Resolvió pasar todos los inviernos en el hermoso país del Nilo y las Pirámides.

Ella misma ha referido en sus cartas toda su estancia en Egipto. Como era de esas personas que se fijan en todo, no le fué necesario mucho tiempo para conocer el país. En ninguna parte era extranjera, pues poseía en alto grado el arte y el gusto de la aclimatación. Tan sencilla como buena, hablaba con todo el mundo como un desterrado que vuelve á su patria; además, se conquistaba las simpatías de todo el que la veía.

Habían dicho en el Cairo, en Tebas, en todas partes: «Es una comedianta.» Pero su aire de diosa imponía respeto. Todas las mujeres de los harenes la hubieran querido hablar. Ella no las veía más que de lejos; pero le enviaban besos

con la mano, y se contaban su historia como si fuera la de una maga.

Era acogida con simpatía hasta por las gentes del pueblo cuando iba al mercado, para tener hambre, según su expresión, por más que lo que iba á comprar más á menudo eran flores. En todas partes la saludaban.

Una mañana se encontró agradablemente sorprendida al ver su ventana llena de ramos de flores, aunque aquella se encontraba á seis piés del suelo. Al otro día, otros ramos; al siguiente, lo mismo, y así toda la semana. Los ramos estaban colocados en preciosos floreros de barro de un estilo soberbio, que hacía recordar la alfarería antigua.

Esther, que no dormía muy profundamente, quiso saber quién era el que así engalanaba su ventana. Una mañana vió, al rayar el día, un magnífico fellah subido sobre un banquillo, que tiraba las flores de la vispera y las sustituía con otras frescas recién cogidas.

Abrió su ventana, y saludó al campesino con una sonrisa. Él sonrió también. Quisieron parlamentar; pero no se comprendieron.

Como el aire de la mañana era fuerte, Esther cerró la ventana, después de haberle tendido su mano, que él llevó respetuosamente á sus labios.

Durante el día habló del fellah á la dueña

del hotel, diciéndole que era preciso pagarle las flores.

Pero aquella mujer exclamó:

—Señora, las flores no se venden más que en el mercado. El fellah es demasiado dichoso con que V. acepte las suyas.

Durante algunos días, abrió Esther su ventana cuando llegaba el fellah. La misma conversación, que ninguno entendía; pero se comprendían, sin embargo. Todos los días se terminaba por un beso en la mano. ¡Y cómo brillaban los ojos de él cuando alzaba la cabeza! Una hermosa cabeza, cuyo color moreno destacaba bajo la lana blanca; la dulzura en la fuerza.

Una mañana ofreció Esther al fellah un magnífico reloj de oro con su cifra. Pero él lo rehusó. Con una mirada le preguntó ella por qué.

Entonces él la tomó la mano como los demás días; lo que quería decir que con aquello estaba pagado.

Esther refirió esta historia á algunos amigos parisienses, los cuales no dejaron de escribir á Francia que la Comedianta estaba enamorada de un fellah. Así es cómo se escribe la historia del corazón.

En Egipto escribía y dictaba mucho Esther. Sus cartas coleccionadas formarían la historia completa de su viaje y de su estancia allí. He

aquí una, dictada á M. de Montaut, menos las siete últimas líneas, que encierra dos preciosas leyendas, que son una prueba de su gusto para la poesía:

«Amigo mío: He buscado las poesías de V.; pero aunque tienen alas, no vienen tan lejos. Siento también no haber traído las de Alfredo de Musset. Un amigo, M. de Montaut, me traduce aquí leyendas árabes. Á continuación van dos, que tendría un placer en que las pusiera V. en verso.»

»LA JOVEN.

»Paloma blanca, ¿adónde vas? Tus alas hieden el aire con rápido vuelo y te llevan más lejos, más lejos, más lejos.

»LA PALOMA.

»Voy donde él me espera, más allá de las nubes, más lejos, más lejos, más lejos.

»LA JOVEN.

»Paloma blanca, ¿adónde vienes? De tus rotas alas brotan gotas de sangre.

»LA PALOMA.

»Vengo á morir donde él me amó, porque no me ama ya.»

»¿No es esto muy bonito? Y yo también, yo también he ido muy lejos, corriendo tras de mi sueño, que me ha hecho traición. Por eso quiero morir en donde he sido amada. Pero ¿qué encontraré?

»He aquí la otra leyenda: es todavía más triste; pero las Musas no son alegres en Egipto:

—«¡Oh! joven desconocido con traje color del tiempo, ¿por qué llamas á esa puerta?

—»Vengo á quitar un hermosos niño á su madre para llevarlo al cielo.

—»¿Cómo te llamas? ¿Por qué estás tan pálido?

—»Me llamo la Muerte, y estoy condenado á vivir. Por eso estoy tan pálido.

—»Ten piedad para el niño que sonrío en el seno de su madre.

—»No temas nada: el cielo del Profeta es todo luz.

—»¡Oh, muerte! Tú no sabes lo que dices. Es una tumba toda negra en donde acostarás á ese niño.

—»Ese es el camino; pero la tumba se abre encima del Paraíso.»

»Al menos, aquí la muerte no está representada bajo la horrible figura del arte cristiano. Los egipcios recuerdan á los griegos, á menos que ellos no inspiraran á éstos.

»Estoy aprendiendo á escribir árabe. Otra vez enviaré á V. en árabe, en esa escritura que se parece á la de V., un maoual de cinco versos; los cinco dedos de la mano.

»Después de todo, la presente no tiene más objeto que saludar á V. y decirle que no estoy del todo mal. Dicen que tengo fiebre todos los días: esto fuera bueno si yo no la hubiera tenido siempre.

»Salude V. en mi nombre á M. de Saint-Victor. ¡Qué bien habla de mí! Para él los ausentes no tienen faltas.

»ESTHER.»